

Sirvamos á Dios con fidelidad, y le serviremos con confianza.

PUNTO SEGUNDO. — Considera con que bondad provee el Señor las necesidades de todos los que le sirven. ¡Qué maravillas no hizo en favor de su pueblo á la salida de Egipto! Todas fueron figuras de lo que está haciendo cada día con sus fieles siervos. Pocos hay que en el discurso de su vida no hayan experimentado cien pequeños milagros de la divina Providencia. Seamos nosotros pueblo suyo, y experimentaremos que él es nuestro Dios.

¡Que confusión, que vergüenza la de los novios cuando se hallaron sin vino en la mesa! ¿Pero está en ella Jesucristo? ¿Asiste allí su santísima Madre? Pues no hay que temer. Aun cuando no piensen en la falta los interesados, piensa en ella la Señora. ¿Y qué hace? No mas que puramente representar á su Hijo la necesidad: *No tienen vino. Lo mismo practicaron las hermanas de Lázaro: Señor, el que amas, está enfermo.* Dios bien vé lo que nos falta, sin que sea menester advertírselo; pero quiere que se lo pidamos con confianza. ¿Cuántas veces alabó él mismo la fe de los que pedían alguna gracia? No pocas veces tarda en socorrernos, hácese sordo, muéstrase duro á nuestras súplicas. No importa: tengamos confianza, empeñemos á su Madre, hagamos todo lo que él nos dice, y bien presto acudirá su providencia á todo lo que nos falta.

Nuestros arbitrios humanos, nuestras medidas, nuestra aparente prudencia, muchísimas veces solo sirven para desconcertar la economía de la providencia, y son obstáculos á los designios de Dios. Otros sirvientes menos dóciles quizá hubieran pensado, que no era buen medio para tener vino llenar las vasijas de agua. Amemos á Dios; obedezcámosle; tengamos una tierna devoción con la santísima Virgen, y siempre será eficaz nuestra confianza.

¡O mi Dios, y que lástima se debe tener de los que os sirven mal, y os aman poco! El dolor, que siento de haberos servido tan mal hasta aquí, sea, mi buen Jesús, sea fiador del deseo, que tengo de amaros en adelante sin reservá. Vos, Señor, conocéis todas mis necesidades. Virgen santa, dulcísima Madre mía, mejor que yo sabeis lo que mas he menester. Ya me parece que mi confianza me está asegurando el socorro.

JACULATORIAS. — Si el Señor es mi protector, ¿de qué, ni de quién temeré yo? (*Psalm. 26.*)

El Señor me gobierna, y nada me faltará. (*Psalm. 22.*)

PROPOSITOS.

1 Infórmate si en tu parroquia hay alguna familia honrada que esté en necesidad, algun pobre enfermo, y no dejes de socorrer sus necesidades espirituales y temporales, visitándole, consolándole con tus palabras, y aliviándole con tus limosnas. Para alentarte á cumplir con tu obligacion en este punto, ten presente la caridad de Jesucristo al tiempo de ejercitar la tuya. Acuérdate, que cuando socorres al pobre, al mismo Cristo socorres. *De verdad os digo, que siempre que hiciereis todas estas cosas con estos pequenuelos que veis aquí, conmigo las haceis.* ¿Qué cosa mas clara, ni mas precisa? Es decir, que, hablando en todo rigor, cuando socorres á esa familia honrada, cuando visitas á ese pobre enfermo, no es el enfermo ni la familia, sino al mismo Cristo á quien das esa limosna, á quien haces este servicio. ¡Y es posible, que á vista de esto haya pobres entre los cristianos! ¡Es posible, que haya personas abandonadas, olvidadas en sus necesidades, viviendo en medio de los fieles! He aquí una cosa, que apenas es fácil comprenderla. Jesucristo te pide limosna, y te pide para si mismo; ¿será menester otro motivo?

2 Examina si cuidas como debes de tus criados, y de tu familia; si velas sobre sus costumbres, y sobre su salvacion; y si les das tiempo y lugar para que ellos tambien atiendan á ella; ¿tienes cuidado de que sirvan bien á Dios los que te sirven á tí? Si quieres que Dios te provea á tí tus necesidades, provee tú en las suyas á los que te sirven: págalos exactamente sus salarios, y haz lo mismo con todos los oficiales que trabajan para tí. No dejes pasar el día sin haber cumplido con esta indispensable obligacion.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS JULIAN, mártir, y BASILISA virgen su esposa, en Antioquia, imperando Diocleciano y Maximiano, la cual en compañía de su marido se conservó en perpetua virginidad, y acabó en paz su vida: Julian habiendo visto quemar un gran número de presbíteros, y otros ministros de la Iglesia de Jesucristo, con quienes se habia refugiado huyendo de la cruel persecucion; despues de sufrir varios tormentos fué degollado por orden del presidente Marciano; y fueron sus compañeros en el martirio ANTONIO, presbítero, y ATANASIO, á quien el mismo S. Julian habia resucitado y hecho cristiano; CELSO, jóven, y su

madre MARCIONIA, y siete hermanos con otros muchos, todos fueron martirizados. (*Véase su vida en las de este día.*)

SANTA MARGIANA, virgen, en el reino de Tremecen, la cual arrojada á las fieras alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES VITAL, REVOCATO Y FORTUNATO, en Esmirna.

LOS SANTOS MÁRTIRES EPITETO, JUCUNDO, SEGUNDO, VITAL, FELIX, y otros siete, en Africa.

SAN PEDRO, obispo, hermano de S. Basilio el Magno, en Sebaste en Armenia.

SAN MARCELINO, obispo, en Ancona, quien, segun escribe S. Gregorio, preservó milagrosamente de un incendio aquella ciudad: (*floreció en tiempo del emperador Juliano.*)

En este día por antigua costumbre celebra la santa iglesia de Oviedo la traslacion que á ella se hizo el año 884 de los santos mártires EULOGIO y LUCRECIA ó LUCRECIA desde Córdoba, donde padecieron martirio, haciéndose relacion de este caso en las lecciones del oficio, en el cual en vez de antifonas y responsorios hay unos versos latinos cuya estructura prueba bien su grande antigüedad. En castellano dicen así:

Crece de día en día
De Eulogio el sacro culto, y de Lucrecia
Virgen la devocion sigue á porfia.
Y así Oviedo se precia
De estar libre de casos repentinos,
Porque esta alegre fiesta de su tierra
El mal y aun el temor del mal destierra.

SAN JULIAN Y SANTA BASILISA, MÁRTIRES.

LA vida admirable de estos dos célebres héroes de la religion cristiana, con las asombrosas particularidades que ocurrieron en el martirio de S. Julian, hicieron su memoria recomendable en todo el orbe cristiano. Nació éste en la ciudad de Antioquia, metrópoli de la Siria, de padres mas distinguidos por su piedad, que por la nobleza de su sangre; los cuales aplicaron sus desvelos en darle una educacion cristiana: facilitando sus deseos mas que todo su bello natural, é inclinacion á lo bueno. Aplicado al estudio de las ciencias naturales, como se hallaba dotado de extraordinarios talentos, hizo en ellas maravillosos progresos, y mayores en la de los Santos. En la edad de diez y ocho años pensaron sus padres darle estado de matrimonio, cuyo golpe fué muy sensible para Julian, ya ligado con voto de castidad; quien en vista de las repetidas instancias sobre que se declarase, recurrió á Dios por medio de la oracion, ayuno y penitencia, suplicándole se dignase disponer las cosas de modo, que sin incurrir en la



S. JULIAN . Y STA. BASILISA
MRS.

nota de inobediente, pudiera conservar la virtud prometida tan agradable á sus divinos ojos. Oída su peticion, le reyelo el Señor condescendiese con la voluntad de sus padres, bajo el seguro de que no perderia la virginidad; antes bien con su ejemplo la guardaria la esposa, que con él contrajese, sirviendo el de ambos para que otros les imitasen.

Habiendo prestado su anuencia, se desposó con una doncella cristiana, llamada Basilisa, muy apreciable por todas sus circunstancias; la que sintiendo en la primera noche del matrimonio un olor extraordinario en el aposento de su retiro, preguntó á Julian de donde provenia aquella fragancia en tiempo de invierno, que no lo era de flores. No es el que percibes, respondió el Santo, originado de la estacion; es, sí, de Jesucristo, que recrea con estos sintomas á los amantes de la castidad, prometida por mí en el caso de que consientas observar una virtud tan apreciable, para que viviendo castos como hermanos, seamos dignos vasos donde derrame sus dones el Espíritu Santo. Condescendió Basilisa con la propuesta, añadiéndole, era su voluntad profesarla, para merecer la corona, que tiene el Señor prometida á las vírgenes, quien con su santísima Madre, acompañados de los coros angélicos, les dieron el parabien en la misma noche por una resolución tan heroica.

Muertos los padres de ambos, distribuyeron entre los pobres necesitados sus cuantiosas herencias, con lo que no satisfechos, determinaron vivir separados en distintos domicilios, para hacer los oficios de maestros de cristiana educacion con las personas de sus respectivos sexos, logrando por este medio aumentar el rebaño de Jesucristo considerablemente.

Corria por aquel tiempo la persecucion cruel, que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, inconciliables enemigos de los cristianos, cuya tempestad sangrienta procuraban aplacar los Santos con oraciones continuas, ayunos y penitencias, rogando al Señor particularmente por los que vivian bajo su direccion, empleados en su santo servicio, á fin de que asistiéndoles con sus soberanos auxilios, no desmayasen en los vivos deseos de derramar la sangre por Jesucristo. Interesada en esta súplica Basilisa, le manifestó Dios, que en premio de su castidad moriria naturalmente con sus discipulas; pero que su esposo padeceria grandes tormentos, triunfando gloriosamente de los enemigos de la religion. Cumpliósese así con efecto la primera parte de la revelacion en espacio de seis meses; y dando Julian sepultura al venerable cuerpo de su esposa, oró sobre ella por algun tiempo.

Vino por lugarteniente de los referidos principes á la capital de Antioquia, Marciano, hombre bárbaro y cruel, tan celoso del culto de sus dioses, que mandó no pudiese alguno comprar ó vender aun las cosas necesarias para conservar la vida, sin adorar primero á los ídolos; maliciosa cautela y diabólico pensamiento, que en clase de ordenanza mandó fijar en todos los sitios públicos del departamento de su gobierno; y entendido de los progresos de Julian, envió á su asesor, para que le persuadiese á que obedeciera los decretos imperiales. Hallábase á la sazón el Santo en la iglesia con muchas personas eclesiásticas y seculares, refugiadas á ella por temor de la persecucion, esforzándolos á padecer por amor de Jesucristo. Supo que se le buscaba de orden del presidente, y presentándose al comisionado, despues de una larga conferencia, le respondió: que él, ni los suyos obedecerian jamás tan injustos mandatos, mediante á que los sacrificios y adoraciones solo eran debidas al verdadero Dios, no á los falsos, representados en los ídolos. Sintió Marciano tanto la respuesta, que remontado en cólera, mandó pegar fuego al templo en el instante, donde quedó abrasada la ilustre comitiva ofrecida al Señor en sacrificio, quien para acreditar lo agradable de aquel holocausto, hizo se oyese por muchos años una celestial música en el sitio al tiempo de las horas canónicas.

Pero Julian, conducido á presencia del tirano, solicitó reducirle á sus intentos por medio de ventajosas promesas y terribles amenazas, hasta que viendo inútiles todos sus esfuerzos, mandó le azotasen con palos nudosos. Perdió un ojo uno de los verdugos en la ejecucion á la violencia de un golpe, y advirtiéndolo el Santo, dijo á Marciano que juntase sus sacerdotes para que hiciesen sacrificios y preces á sus dioses á fin de que restituyesen el ojo perdido al miserable, prometiéndole, que cuando no lo consiguiesen, él lo haria con la ventaja de ilustrar además su alma. Condescendió con la proposicion el presidente, pero fueron ineficaces todas sus súplicas y sacrificios, las que solo tuvieron el efecto de que clamasen los demonios desde los ídolos, pidiendo les dejasen, manifestándoles se habian acrecentado sus penas desde la prision de Julian; el cual burlándose del poder de aquellas deidades quiméricas, con la invocacion del santo nombre de Jesucristo le restituyó el ojo tan perfectamente como si nunca le hubiese perdido. Lo mas digno de admiracion en el caso fué la ilustracion del alma del agraciado, quien principió á publicar era debido el beneficio al Dios verdadero, en quien Julian creia, solo digno de adoracion por los hombres; por cuya confesion mandó el tirano quitarle la vida inmediatamente, y atribuyendo

el prodigio al arte mágica, de que eran notados los cristianos en semejantes operaciones maravillosas, providenció que amarrado el Santo con duras prisiones, fuese llevado por las calles de la ciudad, publicando delante elregonero: así deben ser tratados los enemigos de los dioses, y despreciadores de los decretos de los emperadores.

Tenia Marciano solo un hijo llamado Celso, quien salió del estudio con otros jóvenes á ver el espectáculo, y advirtiéndolo que acompañaba á Julian una multitud de ángeles en ademán de coronarle, sin poderlo contener sus maestros, se arrojó á los pies del Santo, protestando queria ser su socio en los tormentos, para serlo en la gloria, que tocaba con sus propios ojos, clamando públicamente, que habia sido engañado de sus padres cuando le enseñaron á maldecir á Jesucristo. Llegaron ambos á presencia del tirano, que rasgó sus vestidos de sentimiento viendo la inesperada novedad, atribuyendo al encanto de Julian aquel engaño.

No se pueden explicar fácilmente los esfuerzos que Marciano hizo con Marcionila su mujer y otras matronas para reducir á Celso, el que ya ilustrado con la luz del cielo respondió al padre, no como niño, sino es como sabio consumado, en los siguientes términos: *La rosa no pierde su olor ni hermosura por nacer entre las espinas, ni éstas dejan de punzar y lastimar: haz el oficio de herir como espina, que yo daré como rosa un buen olor, sin temor de la vida temporal. Los que á ésta temen, podrán obedecer los decretos imperiales, pero no yo que pretendo lograr una vida eterna. ¡O Marciano! tú por la ciega pasion de los falsos dioses podrás negarme por hijo siendo cristiano; pero sé que no te hago injuria, anteponiendo á tu amor el del Dios verdadero, pues por no ser cruel contra mi, no soy piadoso contigo.*

Fuera de sí el tirano al oír esta respuesta, mandó que á su propio hijo le encerrasen en un oscuro y asqueroso calabozo; pero convirtiendo el Señor en un lugar de delicias la inmundicia de aquel lugar con una brillante claridad, que descendió del cielo; contribuyó este prodigio á la conversion de veinte soldados asignados para su custodia. Vinieron por disposicion divina á visitar á los santos confesores siete caballeros cristianos con un sacerdote llamado Antonio, que entendido del suceso, bautizó á los convertidos.

Supo lo ocurrido el inhumano presidente, y no resolviéndose á tomar por sí alguna providencia, dió parte á los emperadores del negocio, con referencia de todas las circunstancias, los cua-

les mandaron atormentar á Julian con su comitiva, en cubas encendidas con especies combustibles. Para la notificacion de semejante providencia mandó el tirano conducirles á su tribunal, formado en la plaza de la ciudad, por donde al tiempo de tratar el asunto pasaban los gentiles á enterrar á un difunto, y diciendo á Julian en tono de mofa que lo resucitase, ejecutó este milagro para mayor gloria de Dios y confusion de los ídolatras. Quedó asombrado Marciano á vista del prodigio, y mas cuando oyó al resucitado publicar que eran demonios los dioses que adoraban los gentiles en las estatuas; solo verdadero á quien los cristianos daban culto. No suficientes para ablandar la dureza del corazon de aquel bárbaro semejantes maravillas, mandó prender al resucitado, llamado Atanasio, á fin de que muriese en el mismo tormento: cuya ejecucion cometi6 á un vicario suyo por no ver fallecer en él á su propio hijo. Incluyeron los verdugos en treinta y tres cubas encendidas á los treinta y tres Santos que entraron en ellas, dando al Señor repetidas gracias porque los hacia dignos de padecer por su amor, de las cuales salieron sin lesion alguna, mas puros que el oro del crisol.

Sin embargo de tan asombroso prodigio, mandó el tirano volverles á la prision, disponiendo que su mujer pasase á ella á persuadir á Celso; en cuya diligencia, puestos en oracion los Santos, suplicaron al Señor se dignase ilustrarla. Sucedió así con efecto en vista de un brillante resplandor, que iluminó la oscuridad del calabozo, y de una fragancia extraordinaria, que sintió la madre, oyendo en el mismo lugar celestiales voces, que la convidaban á lograr los eternos premios cuando creyese en Jesucristo, como lo hizo, bautzándola el sacerdote Antonio, y sirviendo de padrino su propio hijo.

No cabe en ponderacion la ira que concibió el bárbaro luego que supo lo ocurrido nuevamente con su mujer, y encendiéndose en cólera mandó degollar al momento á los veinte soldados convertidos, y á los siete caballeros dichos, dejando solo á Julian, hijo, mujer, Antonio presbítero, y Atanasio resucitado, para tratar mas despacio un asunto en que luchaba el enojo con el amor natural.

Persuadido el tirano que con blandura podria conseguir de los Santos lo que no por tormentos, segun lo habia experimentado, mudando de tono habló á Julian con fingido halago, diciéndole que se reconociese y sacrificase á los dioses protectores del imperio. Condescendió el Santo con la proposicion siempre que ordenase asistiesen á su sacrificio todos los sacerdotes gentiles y ciudadanos

para que fuesen testigos, lo que ejecutó Marciano sin la menor dilacion, lisonjeándose tener ya reducidos á los mártires. Habia en Antioquia un magnifico templo dedicado á Jove, Jano y Minerva, en el que ordenó preparasen los gentiles víctimas especiales para el acto; pero haciendo oracion Julian con su comitiva, se arruinó aquella grande fábrica, y cayeron en tierra las estatuas, reducidas á menudos pedazos, con admiracion de todos los circunstantes.

Lleno de confusion el presidente, sin saber que hacerse en el caso desesperado, sentenció á degüello á Julian, á su hijo á las llamas, á Antonio y Atanasio á que les arrancasen los ojos con garfios, y á su mujer á los tormentos de un potro. Pero el Señor dispuso para mayor gloria suya, quedasen ciegos los verdugos, y secos sus brazos. No ablandándose con estos prodigios el corazon de aquel bárbaro, ordenó que arrojasen á los mártires al anfiteatro público, donde fuesen pasto de las fieras, las cuales olvidándose de su condicion, postradas á los pies de los Santos con grande mansedumbre, dieron las pruebas de veneracion, que les negaban los hombres; en vista de lo cual, convencido Marciano de la ineficacia de su poder y facultades, por último recurso les mandó degollar, logrando por este medio la corona del martirio en el dia 9 de enero del año 308.

En esta ejecucion sucedió el prodigio de convertirse la sangre de los mártires en una masa blanca como la nieve, repitiendo el Señor otro de no menor momento, para que pudiesen libremente sepultarles los cristianos, y fué el de un temblor de tierra formidable, que arruinó la mayor parte de la ciudad, con muerte de muchos paganos, que huian del pueblo intimidados á vista de semejantes castigos, los cuales insuficientes para el reconocimiento del presidente bárbaro, falleció á poco comido de gusanos.

La Misa es de la Octava de la Epifania, y la Oracion en honra de S. Julian y Sta. Basilisa es la que se sigue:

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado S. Julian y Sta. Basilisa nos recomiende á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 60 de Isaias.

Levanta, Jerusalem, á ser deseada luz, y se ha manifestado sobre tí la gloria del Señor.

Advierte, pues, que cuando las tinieblas cubran la tierra, y la oscuridad los pueblos, nacerá sobre tí el Señor (Mesías), y se verá en tí su gloria. Las gentes caminarán guiados de tu luz, y los Reyes del esplendor de la que en tí aparezca. Levanta los ojos por tu circunferencia, y mira que todos los que se han congregado en ella vinieron á ser hijos é hijas tuyos de remotas y próximas re-

giones. Entonces verás, abundarás, admirarás y se dilatará tu corazón, cuando concurran á tu seno la multitud de los habitantes en las orillas del mar, y vengan á tí las riquezas de las gentes. Los camellos y dromedarios de Madian y Éfa cubrirán tu terreno á manera de inundación. Todos los de Sabá vendrán ofreciendo oro é incienso, y anunciando alabanzas para el Señor.

REFLEXIONES.

Las tinieblas cubrirán la tierra, y una oscura noche se apoderará de los pueblos. Menester es estar bien sepultado en una densa oscuridad: menester es que el entendimiento, y el juicio estén apoderados de unas espesísimas tinieblas, para incurrir en medio del cristianismo en disoluciones y en excesos, que lo serian en medio de los paganos. Porque ¿con que otro nombre se podrán apellidar las escandalosas licencias, y las torpes máscaras del carnaval? Ciertamente entre todos los abusos, entre todos los desórdenes de los cristianos ningunos hay que mas deban encender la piadosa indignacion, que mas deban escitar el ardiente celo de todo hombre que tenga alguna tintura de religion, que las licencias, que los desahogos de este tiempo: tanto mas, cuanto se tiene el descaro de quererlos autorizar por la costumbre. La Religion los condena: la misma razon natural los abomina; y aunque este pernicioso abuso fuese tan antiguo como los malos cristianos, no por eso prescribiria contra la ley santa de Dios.

Pocos hay que no conozcan toda la iniquidad de estos desórdenes; pero la inclinacion al mal prevalece: el amor de los placeres domina: no se dan oídos á los gritos de la razon: síguese á la muchedumbre, y se aumenta el número de los aturridos, y de los atolondrados. El torrente es muy rápido, y no es posible detenerle: la costumbre rompe los diques, y todo lo inunda. De aquí nacen los juegos torpes, las diversiones excesivas, los bailes disolutos.

Y lo mas digno de llorarse con lágrimas de sangre es que para que los movimientos de la gracia no inquieten la falsa seguridad

de la conciencia en medio de tanta disolucion, se hace todo lo posible para sofocarlos, para reprimirlos, para menospreciarlos, hasta que al fin se haya conseguido esta falsa, esta imaginaria seguridad, en la cual se descansa, se duerme, se amodorra el corazón. A la verdad tarde se llega á esta ceguedad total, tan estrechamente ligada con la eterna reprobacion; pero al cabo se llega: y como la voluntad arrastra al entendimiento, se hace estudio de no ver lo que no se quiere ejecutar. Gústase del juego, concurrese con ansia al baile, y se considera como enemigo de nuestra quietud todo lo que puede perturbar nuestra pasion. Hácese todo lo posible para persuadirse cada uno, que son armas falsas, que son escrúpulos impertinentes los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada; y al fin se consigue.

Háblase con desprecio de los confesores incómodos, de los predicadores celosos, que claman contra las diversiones de carnestolendas, que condenan los espectáculos, que prohíben los bailes. Trátaseles de genios apocados, de hombres simples, de teólogos de prima tonsura, de espíritus impertinentes y vanos, que solo aspiran á distinguirse entre los demás por sus austeridades de boca, y por sus estravagantes singularidades, queriendo hacerse famosos á costa de las almas crédulas y sencillas.

Si alguna persona virtuosa tiene valor para desaprobado este género de diversiones, ¡ó buen Dios! y que secreta aversion se concibe contra ella! Ni al mismo Jesucristo se le perdona, si alguna vez se citan sus divinas palabras para condenar estos desórdenes. Dificúltanse los oídos á los gritos del Evangelio en la escuela de los mundanos. ¿Y que fuerza harán estas reflexiones á los que las leyeren, si fueren de este carácter? ¿Cuántos sentirán en el alma el haberse puesto en paraje de haberlas leído, ó de haberlas hecho?

El que gusta de permanecer en el engaño, se rebela contra su misma razon. Todo error que nutre, y lisonjea la pasion, tiene grandes atractivos. Por poca piedad, por casi nada de religion que se tenga, es imposible dejar de condenar los regocijos, y las máscaras de carnestolendas. No se puede ignorar, que el Evangelio condena el baile, los espectáculos y las funciones profanas; pero en este punto del moral quiere aturdirse, ó atolondrarse el entendimiento, como se atolondra voluntariamente en otros muchos puntos. El número, la calidad, los dictados, el nombre mismo de los muchos que se engañan, como ellos, da una especie de autoridad al error, que le hace mas plausible: y cuando se quiere y se ama el error, no hay que esperar, que se confiese como tal.

Decid á aquel caballero, á quien sus mismos padres hacen ostentacion de sacrificar á la vanidad, y él está tan contento con ser miserable víctima de ella: decid al otro jóven disoluto, en quien el espíritu del mundo, y una ociosidad inveterada han estinguido casi totalmente la Religion: decid á esa dama jóven tan encaprichada de su aparente hermosura, tan orgullosa, tan soberbia, porque le ha cabido en suerte un poco de mas gracia, ó de mas aire; tan entregada, tan embebecida en las alegrías, en las fiestas mundanas, que en ninguna otra cosa toma gusto; decid á todos estos, que, segun S. Juan Crisóstomo, no hay enemigo mas peligroso de la salvacion eterna, que esos espectáculos, que esos saraos nocturnos, que esas concurrencias de la ociosidad, que esas profanas diversiones, indignas de un cristiano.

Decidles que el baile está prohibido, como el escollo ordinario de la inocencia, como el sepulcro donde se entierra el pudor, como el teatro donde se representan las vanidades, como el campo donde triunfan todas las pasiones. Que es un conjunto de todos los peligros, que es un compendio de todas las tentaciones; que todo es precipicio, todo es veneno: los meneos, los instrumentos, los objetos, las conversaciones, la concurrencia de hombres y mujeres, empeñados como de apuesta en agrardarse, en parecerse bien los unos á los otros; que todo concurre á sofocar la piedad, á alucinar el espíritu, á encantar el corazon; que no hay cosa mas contraria al espíritu del cristianismo. Decidles, decidles todas estas católicas verdades, y veréis con qué indignacion os escuchan, con qué desprecio os oyen; y los mas templados con qué sátiras, con qué apodos, con qué invectivas, con qué burla os reciben. Como os tratarán de Reformador con R grande; del gran teólogo, del gran moralista. Y como no os veréis de polvo entre sus murmuraciones, y aun entre sus calumnias.

Así eran menospreciadas en otro tiempo las saludables advertencias, el moral de los santos patriarcas de la ley antigua. Pero cuando se comenzaron á oscurecer aquellos dias claros y serenos; cuando el cielo irritado comenzó á desgajarse en torrentes; cuando el mar enfurecido no reconocia ya términos ni limites; cuando las aguas del diluvio, interrumpiendo los entretenimientos y los gustos, llevaban el espanto con la muerte hasta las cimas de las mas altas montañas: pregunto, ¿se pensaba entonces, que las opiniones, que el moral de los patriarcas habia sido escésivamente rígido, que sus declamaciones habian sido espantajos? ¿Creíase entonces que habian condenado injustamente la ociosidad perdu-

rable, la delicadeza insufrible, la profanidad sin limites, los juegos sin término, los desórdenes licenciosos, los entretenimientos mundanos; en una palabra, todo lo que el dia de hoy quieren aprobar estos atolondrados del siglo, y todo lo que enciende la cólera de Dios vivo? ¿Juzgábase, que habian escedido en gritar contra aquel torrente de maldades que inundaba el género humano, contra aquellos desórdenes públicos, contra aquellos vicios secretos, que era preciso abogar en un diluvio?

Ea, ea, que quizá alguna mano invisible introducirá el espanto en medio de esos círculos, y de esos bailes: quizá una muerte precipitada, y siempre desprevenida convertirá en triste luto esa pomposa, esa brillante máquina del mundo: quizá un funesto accidente disipará esas peligrosas concurrencias. Tiempo vendrá, y no tardará, en que esos jóvenes licenciosos, esos corazones disolutos, esos hombres enteramente mundanos, indignados de sus propios descaminos, condenarán con una especie de horror todas esas profanas diversiones. Pero qué digo, ¿será entonces tiempo?

Tendráse entonces muchísima razon de tratar, de calificar de entretenimientos paganos los regocijos de carnestolendas. Conoceráse entonces, que los ministros del Evangelio sinceros, y nada aduladores, fueron los verdaderamente sabios, los verdaderamente celosos. Haráse entonces justicia á la virtud de los que siguieron el partido seguro, prohibiéndose para siempre todas esas funciones tan poco cristianas. Confesaráse entonces, que las máximas del mundo eran contrarias á la verdadera sabiduría, y aun opuestas al buen juicio, á la razon natural. Veráse entonces con la mayor claridad, que esas alegrías profanas no eran mas licitas, no eran mas permitidas en tiempo de carnestolendas, que en tiempo de semana santa. Pero, ¡ó buen Dios! ¡que amargo es el arrepentimiento cuando es sin fruto, y sin remedio! ¡Que remordimientos, que turbacion no causa la memoria del baile, y de las diversiones poco cristianas cuando se miran á la luz de la candela, y en la hora de la muerte!

Pero no; por lo regular no se espera tan tarde para condenar todos esos desórdenes. La bulla y el tumulto no atolondran eternamente. Hay ciertos intervalos en que la razon y la religion hacen su officio. Por débiles que sean en un libertino, en un disoluto, no dejan de darle á conocer la malignidad de todo lo que le gusta, no dejan de descubrirle la ponzoña de todo lo que le encanta.

Siempre tuve á los bailes por peligrosos, decia uno de los mas bellos entendimientos de su tiempo, y el cortesano mas culto y

mas discreto de su siglo, el conde de Bussy Rabutin: *Siempre tuve á los bailes por peligrosos; y esto no lo aprendí solamente por mi razon, enseñómelo tambien mi propia experiencia.* Muy fuertes y muy espresivos son los testimonios de los santos Padres en favor de esta verdad; pero creo que en este punto el de un cortesano debe ser de mayor peso. Bien sé que algunos dicen son para ellos menos peligrosos los bailes y los saraos que otras concurrencias. Con todo eso, los que comunmente asisten á este género de funciones son de tal temperamento, que con gran trabajo resisten á la tentacion cuando los acomete en el retiro de sus cuartos; ¿pues como la resistirán en una sala, donde las hermosuras que embelesan, las luces que resplandecen, los violines que deleitan, los meneos del baile que irritan, son capaces de encender á un anacoreta? Los viejos, que quizá son los únicos que pudieran asistir á esas funciones sin riesgo de la conciencia, se harian risibles si asistiesen; los mozos, en quienes no parece mal que asistan, no lo pueden hacer sin gran peligro. Pues mi dictámen es, que el que quiere parecer y ser cristiano no debe concurrir al baile; y que los confesores cumplirán con su obligacion, si exigieren de sus penitentes, que se abstengan para siempre de semejantes funciones.

La Misa es la misma que en el dia de la Epifania, y el Evangelio es del cap. 2 de S. Mateo.

Quando nació Jesus en Belen de Judá en tiempo del Rey Herodes: ved que unos Magos del Oriente vinieron á Jerusalem preguntando: ¿Donde está el que ha nacido Rey de los Judíos? pues hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el Rey Herodes, quedó turbado, y con él toda Jerusalem. Y congregando á todos los Principes de los Sacerdotes y Doctores del pueblo hebreo, solicitaba saber de ellos donde naceria Cristo. En Belen de Judá, le dijeron, segun está escrito por el Profeta (en es-

tos términos): Tú, Belen, pueblo de Judá, de ningun modo eres la mínima entre sus principales ciudades: porque de tí saldrá el Capitan, que rija á mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando á los Magos secretamente, investigó de ellos con sumo cuidado el tiempo en que les apareció la estrella; y enviándoles á Belen, les dijo: Id, y preguntad diligentemente donde está el Niño; y cuando le halléis, dadme aviso, para que yo tambien pase á adorarle. Los cuales habiendo oido al Rey, marcharon, precedidos de la mis-

ma estrella que vieron en el Oriente; hasta el sitio donde estaba el Infante, sobre donde se fijó; con cuya vista se alegraron en extremo. Y entrando en el domicilio, encontraron al Niño con Maria su madre; y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron en dones oro, incienso y mirra; pero avisados en sueños que no volviesen á Herodes, regresaron á su pais por distinto camino.

MEDITACION.

De los efectos de la gracia.

PUNTO PRIMERO. — Considera tres efectos visibles de la gracia en el viaje de los Magos. Parten al punto sin reparar en trabajos, ni en dificultades: prosiguen su camino, aunque el astro se les oculta: vuélvense por otro, sin hacer caso de un rey falaz y cruel. ¡Oh! ¡y qué importantes lecciones nos da este solo misterio!

Luego que se forma la generosa resolucion de servir á Dios, salen al encuentro mil dificultades. No siempre son reales y verdaderas, sino aparentes; con todo eso no pocas veces hacen el mismo efecto, que si fueran efectivas. ¡Qué cobardia es el desmayar, el desalentarse! ¿Acaso hemos de marchar solos? ¿Acaso hemos de contar únicamente con nuestras fuerzas? ¿Ignoramos por ventura, que la gracia deriva toda su virtud de la sangre, y de los méritos de nuestro Señor Jesucristo? ¿Y que nunca puede faltarnos esta gracia? ¡Grande error es dudar en ponerse en camino, logrando tan bella guia! Cuando me siento mas flaco, decia el Apóstol, entonces verdaderamente estoy mas fuerte, porque cuento mas sobre la divina gracia. Si la virtud cristiana fuera únicamente obra nuestra, tendríamos mil razones para desalentarnos; pero con el auxilio de la divina gracia ¿qué genio tan indómito, qué costumbre tan inveterada, qué inclinacion tan violenta, qué enemigo tan fiero, tan formidable, no podrá ser rendido, no podrá ser sujetado, sirviendo de gloriosa materia á una completa victoria? Por lo mismo que somos la misma flaqueza, somos mas fuertes. ¡Qué confusion, qué dolor para aquellos corazones tímidos, para aquellas almas cobardes, á las cuales todo las desanima, todo las detiene, cuando vean que con el auxilio de la divina gracia eran capaces de todo!

Tierna era Sta. Inés, pobre era S. Isidro, rey era S. Luis. ¿Por ventura nos cuesta el cielo mas caro á nosotros, que á los santos Mártires? ¡Qué austeridad en los desiertos! ¡Qué sacrificios en todos los estados! ¡Qué inocencia en medio del mundo!